

MARTÍNEZ ECHEVARRÍA, M. A. (2022)

La economía entre la sociedad y el Estado

EUNSA

“El sentido del trabajo en la obra de Miguel Alfonso Martínez Echevarría: Una introducción a su legado académico”¹

Repensar el trabajo es, por tanto, una tarea inacabable, propia de cada hombre, y de toda la humanidad. Entender lo que sea el trabajo es lo mismo que entender el sentido de la vida humana. Por eso la pregunta por el trabajo es inevitable, y de alguna manera la respuesta nunca será definitiva, y siempre permanecerá abierta

(Martínez-Echevarría, 2004b:10)

Introducción

La reciente y tan esperada publicación del nuevo libro de Miguel Alfonso Martínez Echevarría es motivo de gozo para la comunidad académica, pues, de alguna manera, condensa los principales aportes de su legado. Digo “de alguna manera”, porque no creo que sea posible resumir en un libro –por más denso y extenso que éste sea– un pensamiento tan rico y profundo, fruto de varias décadas de trabajo constante y vocacional. Doctor en física teórica, el profesor Martínez Echevarría ha demostrado a lo largo de su carrera profesional un notable esfuerzo por integrar en una narrativa unitaria, numerosas disciplinas como la historia, la antropología, la ética, el derecho, la política o la filosofía, en diálogo con la teoría económica y empresarial, mostrando además una clara evolución que se recoge, aunque no culmina, en su último libro. Y la razón por la cual este libro no puede acabar su proyecto, es porque la actividad intelectual que lo sustenta subsiste –incluso con una penetración cada vez mayor– en su persona, que es el verdadero don.

Conocí a Miguel Alfonso en el año 2007 gracias al máster en Gobierno y Cultura de las Organizaciones, en el seno del Instituto Empresa y Huma-

1 La presente reseña ha sido presentada en el XXIX seminario bibliográfico de AEDOS sobre el libro “La economía entre la sociedad y el Estado”, celebrado en Madrid, el 1 de julio de 2023 y forma parte de las actas de dicho seminario (en fase de publicación).

nismo de la Universidad de Navarra. Al año siguiente comencé mi tesis doctoral bajo su dirección y tuve la enorme fortuna de acompañarlo en su labor académica hasta el momento de su jubilación, en el año 2014. Desde entonces, he tenido ocasión de seguir cada uno de los avances que se fueron recogiendo en los numerosos borradores que antecedieron a este libro. A pesar de la gran amplitud y diversidad temática que caracterizan a una obra tan ambiciosa como ésta, me atrevo a afirmar que el interés último es la pregunta por el sentido del trabajo humano. En lo que sigue, abordaré lo que, a mi juicio, son las principales claves conceptuales que ofrece el profesor Martínez Echevarría para responder a esta pregunta. Por la influencia, indirecta pero central, que la Doctrina Social de la Iglesia ha tenido en la carrera de Miguel Alfonso, he elegido a las virtudes teologales para estructurar mi capítulo, como símbolo de que, sin apertura a la trascendencia, el trabajo no puede alcanzar su sentido pleno.

Trabajar desde la fe

La primera etapa en la evolución del pensamiento del profesor Martínez-Echevarría se caracteriza por un esfuerzo casi enciclopédico por dar cuenta de las principales teorías de pensamiento económico que se sucedieron a lo largo de la historia del mundo occidental. Dado el estatus epistemológico que tenía la teoría económica a comienzos de los 80, quizá haya sido su formación “dura” –en física y matemática, disciplinas que marcaron arquetípicamente el inicio y evolución de la teoría económica (Ver: Martínez-Echevarría, 1998 y 2014a)– lo que le convirtió en el candidato idóneo para introducir los fundamentos básicos de esta disciplina a estudiantes de periodismo y derecho en la Universidad de Navarra, hasta la fundación de la Facultad de Económicas en el año 1987, de la que fue su primer decano. Ya en ese primer esfuerzo por “adentrarse” en la disciplina se evidencia la amplitud que caracterizaría toda su obra, y que se presenta en su *Evolución del Pensamiento Económico* (1983).

En efecto, el interés principal de Miguel Alfonso durante esa etapa está abocado a encontrar una narrativa unitaria para explicar la racionalidad económica a través de los principales intentos teóricos que se sucedieron a lo largo de los siglos para dar cuenta de esta actividad. Esta minuciosa revisión de los distintos autores y tradiciones del pensamiento económico pondría de manifiesto las patentes limitaciones de la racionalidad económica, sembrando la semilla del proyecto intelectual que dará unidad y sentido a toda su carrera universitaria. Con esta intuición –de sustituir el concepto de individuo por el de

persona– culmina su discurso de ingreso a la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de Barcelona, a principios de los '90²: “llegamos así al núcleo de la racionalidad que surge del concepto de persona: el hombre tiene un fin que no se da a sí mismo y que no le es patente, sino que descubre a través de su propio obrar. La pregunta por el sentido de la propia existencia es el inicio y fundamento de toda racionalidad” (Martínez-Echevarría, 1991b).

Sin duda, recuperar la noción de persona es fundamental, no sólo para el proyecto de ampliación de la racionalidad económica, sino de modo especial para una comprensión cabal de la economía en cuanto actividad humana. Dado que las cuestiones prácticas –como la economía, el derecho o la política– se apoyan en una determinada antropología, cualquier aproximación teórica a las mismas debe partir con la pregunta sobre quién es el hombre (Martínez-Echevarría, 2005). La introducción de la noción de persona anade una gran riqueza a la definición de trabajo: quien trabaja no es un agente abstracto, sino una persona concreta –toda ella– que tiene conciencia no solo de lo que hace, sino por que y para quien lo hace, lo cual equivale a decir que el trabajo es también vocación. En el trabajo participa toda la persona, y su valor ético está vinculado precisamente a que quien lo lleva a cabo es una persona.

Ciertamente la noción de que el ser humano es persona se desvela con el cristianismo, aunque no es necesario hacer teología para fundamentar las diversas disciplinas en esta realidad antropológica. Es posible acercarse metodológicamente, desde cada disciplina, a las implicaciones teóricas y prácticas que se derivan del hecho de que el hombre no tiene una perfección natural, sino que está llamado a destinarse a un fin que no puede alcanzar con sus propias fuerzas. En otras palabras, que la razón última por la que cada hombre tenga que trabajar trasciende cualquier comprensión utilitaria o instrumental que pueda derivar de una antropología reduccionista para afirmar que –por ser persona– lo que da sentido a su vida no se explica desde dentro de su naturaleza.

Me atrevo a arriesgar que todos los cursos del profesor Martínez Echevarría, así como una enorme cantidad de sus escritos, comienzan poniendo de manifiesto esta realidad, al comparar al hombre con los animales para explicar por qué el hombre es el único ser que trabaja, y qué significa tener una

2 Los escritos de esta etapa dan cuenta de este interés, además de la influencia de AEDOS en esta ampliación epistemológica: “Individualismo Metodológico y Solidaridad” (1990); “Eficacia y Equidad. Individuo y Sociedad” (1990); “Capitalismo y secularidad” (1992); “Estatuto epistemológico de la teoría económica” (1991).

economía. Desde sus mismos orígenes, el cristianismo había entendido el trabajo como un rasgo propio del hombre orientado al logro del bien común, que permite su mejora personal y la de los demás, lo cual le deja naturalmente abierto a la gracia, de modo que las “buenas obras” que se despliegan en el servicio a los otros –incluso en el entramado de servicios recíprocos de la economía– no son irrelevantes, pues son camino de santidad.

Aunque pareciera que con esta “economía de salvación” se abandona el ámbito propio que corresponde a la teoría económica, en realidad, la disciplina como tal se ordena en un horizonte de sentido que la reconfigura, superando la ficción moderna de su autonomía. Más aún, en el caso de esta disciplina, el asunto adquiere una relevancia especial, pues la génesis de la antropología subyacente a la economía política puede rastrearse hasta el siglo XIII, concretamente a la etapa histórica que se inaugura con las propuestas nominalistas que comienzan a gestar una nueva concepción del hombre, cuyo eje rector será su comprensión como un ser *necesitante*. Así, las claves conceptuales sobre las que construirá el proyecto de la economía política ya se encuentran presentes en el nuevo modo de comprender a Dios, al hombre y a la naturaleza desde el individualismo ontológico que sostiene el nominalismo, y que tendrá una gran influencia en el pensamiento protestante, que permea conceptualmente la evolución del pensamiento económico hasta nuestros días.

Aunque con variantes, las distintas doctrinas protestantes, al afirmar que la naturaleza humana está radicalmente corrompida por el pecado, niegan el mérito o valor salvífico de las buenas obras, y, por tanto, la posibilidad de que el trabajo pueda ser fuente de santificación, pues desaparece cualquier posibilidad de libre colaboración entre la naturaleza y la gracia. De este modo el trabajo no solo queda separado de la gracia, sino que se acota también el horizonte de la ética, pues la perfección moral a la que el hombre está llamado queda vedada al destinarse a un fin intramundano. Gracias a este proceso de progresiva “racionalización” –tal como describe la sociología de Max Weber (ver Martínez-Echevarría, 2018)– la racionalidad, en su momento apoteósico, queda como encerrada en una “jaula de hierro” que le impide realizarse, justificando la actitud propia del capitalismo, pues, “si las obras no tienen ningún mérito, por lo menos que sirvan para hacer dinero, «ya que no podemos santificarnos, por lo menos, hagámonos ricos»” (Martínez-Echevarría, 2011b: 17).

Así, *trabajar desde la fe* es una invitación a superar la encrucijada en que acabó el “ensimismamiento” de la racionalidad moderna tras el avance de la sospecha antropológica heredada del protestantismo y recuperar el sentido

pleno de la acción humana. Para ello, es necesario “sustituir el modelo epistemológico –el de la verdad pensada– por el modelo antropológico –el de la verdad vivida– que es lo más radical de la persona, (...) la apertura a la verdad. La concepción de la verdad como camino abierto a una perfección humana (...) supone recuperar las virtudes, que no es otra cosa que ganancia en la libertad personal, algo que solo se logra prestando atención a la verdad que se esconde en la realidad de las cosas, pero de modo especial en el misterio de cada persona” (Martínez-Echevarría, 2022: 536).

Trabajar con esperanza

Para dar plenitud al sentido al trabajo, no solo conviene superar su dimensión meramente productiva para dar paso a su valor subjetivo o simbólico, sino que se requiere también de la esperanza. Trabajar es un modo de esperar, de poner por obra las facultades más poderosas de la persona humana para organizar la vida en común, lo cual requiere tiempo y esfuerzo. Sin embargo, contrariamente a lo que ha entendido el hombre moderno, lo más característico del trabajo no es el esfuerzo –símbolo, por cierto, de una especie de “castigo divino”– sino la apertura al don, sin la cual el mismo trabajo carece de sentido y se hace tedioso e insoportable. Frente a una mentalidad autosuficiente, calculadora, convencida de que el esfuerzo es el precio para alcanzar lo que vale la pena, el cristianismo nos recuerda que lo verdaderamente bueno y bello generalmente es un don, un regalo, una gracia inmerecida. La vida propiamente humana es la de apertura y servicio, la de darse en entrega y acogida de las necesidades de los otros en medio de las tareas que a cada uno le toca desempeñar en la sociedad y cooperar libremente, a través de esa entrega, con el plan divino para la humanidad.

La centralidad del trabajo en la obra de Miguel Alfonso además de un sentido figurado (por su relevancia) tiene otro más palpable: *Repensar el trabajo* y *Dirigir empresas: de la teoría a la realidad*, vieron la luz en 2004 y 2005, respectivamente, es decir, prácticamente a mitad de camino de su recorrido intelectual. Aunque escritos para públicos diversos y en registros diferentes – el primero, con carácter más divulgativo; y, el segundo, más académico– estos libros obedecen a un mismo interés: la recuperación de la acción humana, como reza uno de los subtítulos de *Repensar el trabajo*: “La vuelta de la empresa y el trabajo” (Martínez-Echevarría, 2004: 13). Se observa en esta etapa la influencia del Instituto Empresa y Humanismo, proyecto que Miguel Alfonso impulsó desde su fundación. Los ensayos sobre teoría empresarial que vieron

la luz en su seno, y que se recogen en *Dirigir la empresa*³, apuntan a una superación de la visión reduccionista de la empresa que se había forjado desde la teoría económica moderna, como una especie de artificio utilitario donde se organiza la producción (Martínez-Echevarría, 2007).

Esta visión materialista del trabajo, como una actividad destinada a superar las exigencias de la supervivencia, es la esencia de la esclavitud, pues no permite reconocer aquellos bienes –personales y comunes– que, en el contexto de la propia biografía, son precisamente los que dotan al trabajo de sentido, convirtiéndolo en una forma de reflexión intransferible acerca de la propia vocación en el servicio a los demás. Abandonar la mentalidad tecnicista (Martínez-Echevarría, 2014) a la que conduce esta forma de enfocar el trabajo – como una actividad meramente poética– implica trascender el principio del resultado (Martínez-Echevarría, 2015) para alcanzar el sentido más profundo de la libertad humana, que proviene del don que es cada persona (Martínez-Echevarría, 2010). En un plano más directo, supone recuperar la practicidad de la acción humana *real* –no pensada–, para lo cual hay que abandonar el individualismo metodológico economicista para reconocer que la libertad humana se realiza en el seno de una tarea en común, es decir, en comunidad. Para superar la abstracción racional del agente económico moderno que desvirtuó la naturaleza de la actividad empresarial, convirtiéndola en una teoría o una técnica, es preciso aceptar que, en cuanto saber prudencial, la acción no puede definirse *a priori*, sino que requiere la siempre renovada tarea de la realización de la verdad práctica, la constituida por el entorno de las personas con las que día a día se trabaja en común.

En cuanto comunidad, la empresa no sólo busca la organización de un plexo medial cada vez más complejo en aras de un mayor bienestar, sino la mejora de las personas que la conforman, fuente última de toda riqueza. Así, el trabajo se convierte en expresión de una amistad “que consiste en la donación desinteresada de uno mismo, donde lo que se pretende es compartir el bien trascendente de la propia persona” (Martínez-Echevarría, 2004b:151). Realizar la verdad práctica, hacer el bien posible, “aquí y ahora”, es “ampliar la libertad de los amigos” para mejorar además el bienestar de todos. Trabajar con esperanza es abrirse a los demás, a las otras personas, apuntar más allá de las cosas y del dinero, para potenciar la libertad y la participación de todos en la

3 “Los Orígenes de la Teoría de la empresa” (2003); “Visiones racionalistas y románticas de la empresa” (2002); “Teorías de la empresa y crisis de la modernidad” (2001); “La empresa entre el psicologismo y el conductismo” (2001); “Hacia una nueva teoría de la empresa” (2000).

construcción de un orden que no puede ser definitivo porque siempre permanece abierto (Martínez-Echevarría, 2022).

Trabajar por amor

Como ha quedado ya de manifiesto, es patente la presencia del humanismo cristiano en el pensamiento del profesor Martínez Echevarría, como notable ha sido su evolución a lo largo de los años, hasta alcanzar la madurez y profundidad que encontramos en *La Economía entre la Sociedad y el Estado*. No es de extrañar, por tanto, que en esa evolución haya influido su participación en la comunidad de AEDOS, cuya primera contribución data del año 1990 (Martínez-Echevarría, 1990b). Proveniente de las “ciencias duras”, sus primeros escritos en el ámbito de las ciencias sociales muestran una noción de persona más cercana al ámbito de la ética o el derecho (son recurrentes sus menciones a los diálogos que mantenía con el jurista Álvaro D’Ors), como se puede observar, a modo de ejemplo, en la noción esencialista de persona que aparece en su primera contribución de corte humanista: “en la realización del trabajo el hombre pone de manifiesto su condición de persona «ser libre, dinámico, y naturalmente responsable de su acción»” (Martínez-Echevarría, 1986: 900). Sin embargo, como ya he adelantado, en su discurso de ingreso a la Academia se vislumbra la génesis de su proyecto académico: “la racionalidad propiamente hablando sólo puede predicarse de la persona, e indirectamente de la acción”. Aunque dicho proyecto quedaría apenas bosquejado, dado que la respuesta que podría ofrecer en ese momento seguiría muy ligada al plano esencial de la naturaleza humana (como la capacidad del agente de dar razón de sus acciones), con el tiempo –quizá por la influencia del filósofo Leonardo Polo– se iría acercando a la dimensión estrictamente personal, en torno a la idea de que lo más radical de la persona es ser “don”.

Es curioso que, de entre el centenar de artículos que conforman la obra del profesor Martínez Echevarría, el término “don” –que está presente explícita e implícitamente en prácticamente todas sus publicaciones desde entonces– solo apareciera en el título de apenas uno de ellos: “Don y desarrollo: bases de la economía”, inmediatamente después de la publicación de *Caritas in Veritate*. Cabe mencionar que *caritas* es la traducción latina de *kharis*, el término griego para designar al don (representado en las tres gracias o *kharités*, un símbolo cultural de la Grecia clásica que aparece, por ejemplo, en los tratados de Hesíodo, Aristóteles y Séneca). En efecto, la interpretación cristiana de la “lógica del don” –que recibió un gran impulso académico tras la publi-

cación de esta encíclica– presenta una estrecha relación con el amor –categoría central de la teología católica– al considerar a la persona como un amor creado y proponer la caridad como un orden social superior al de la justicia, resaltando que es la reciprocidad lo que genera riqueza y abundancia, es decir, verdadero progreso.

La economía, la empresa, y los temas prácticos en general adquieren una gran amplitud y hondura cuando se enfocan desde la dimensión donal de la persona humana. “Se ha olvidado que si el hombre produce es porque es capaz de encontrarse con la verdad sin desconcertarse, que es la fuente de su libertad. Si no fuera así, si el hombre, fuera causa de lo que produce, solo daría lugar a lo que ya estaba dentro de él, sin posibilidad de la novedad. Si el hombre fuera como el dios de Aristóteles –pensamiento que se piensa a sí mismo–, al igual que ese dios, tampoco produciría nada. Sin embargo, el hombre es persona, apertura a la verdad, al Dios que lo ha creado” (Martínez-Echevarría, 2021: 11). Trabajar es un modo de reconocer la dependencia de Dios, de descubrir la condición de don que tiene nuestra vida junto con todas sus capacidades. Si el hombre es capaz de amar es porque ha sido amado primero, y en el trabajo se reconoce el modo de darse a los demás, de poder corresponder al amor creador. Trabajar es, por tanto, un modo de amar (Martínez-Echevarría, 2004b: 148).

El reconocimiento de la condición personal permite superar la fractura griega entre *praxis* y *poiesis* (Martínez-Echevarría, 2011a), que está en la base de la escisión moderna del trabajo en diseño y ejecución (Martínez-Echevarría, 1999), y que es causa de no pocos problemas al momento de justificar el sentido del trabajo productivo. Lo propio de la persona es ser apertura y coexistencia, don y entrega, tener conciencia de vivir con otros y para otros. Desde este nuevo enfoque, “la producción es lo propio de la riqueza intrínseca del acto de ser personal, manifestación del libre destinarse humano” (Martínez-Echevarría, 2021: 7); en otras palabras, el hombre –por ser persona– no trabaja porque es un ser “necesitante”, sino por ser “donante”, porque puede contribuir libremente a la mejora de las personas, fuente última de toda riqueza. Así, la categoría más propia de la economía no es la escasez sino la “sobreabundancia” que surge de la capacidad creativa –de donación– de los hombres para fundar relaciones interpersonales de mutuo enriquecimiento en la búsqueda de un fin común. “En su intento de liberar al hombre de toda dependencia, la Ilustración quiso presentar el trabajo como tarea solitaria e individual, sin considerar que todo el “querer hacer” de una persona, queda sin sentido si no hay nadie que lo espere y lo acepte, que lo entienda y le de sen-

tido” (Martínez-Echevarría, 2020: 200). Si se rechaza la condición de persona, el hombre “se cierra” sobre sí mismo y se convierte en un agente egoísta que se relaciona con los demás a través de intercambios en función de unos supuestos intereses que, por haber perdido su verdadero sentido, se vuelven autorreferenciales. Esta abstracción –que está en la base de la antropología que sustenta la teoría económica moderna– no es más que una ficción que niega la condición humana de vulnerabilidad y dependencia mutua, dando lugar a “un modelo de economía y sociedad compuesto de individuos adultos y auto-suficientes, que no pueden ser débiles, ni ignorantes, ni enfermos, que nunca necesitan ayuda, que parece que no necesitan que nadie les enseñe y les aconseje” (Martínez-Echevarría, 2004a: 621).

No debe resultar extraño que este modo de relacionarse haya permeado en la institución universitaria, donde parece estar desapareciendo la figura del maestro. Personalmente, no puedo estar más agradecido por haber tenido uno, pero especialmente, de que haya sido Miguel Alfonso. Su trabajo ha sido “productivo”, pero no por la extensión o amplitud de la inmensa obra que nos lega –por el camino que nos ha trazado–, sino especialmente porque su búsqueda paciente, perseverante y comprometida –que afortunadamente, aún continúa– ha influido de modo personal en la vida de muchas personas y ha sido además testimonio de la fidelidad a su propia vocación. No se me ocurre mejor manera de rendir homenaje al maestro que acoger con humildad y gratitud su legado, que, por ser don, está destinado a seguir dando frutos.

Germán Scalzo

german.scalzo@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-4176-793X>

Bibliografía:

Martínez-Echevarría, M. A. (1986). “En el XXV Aniversario de la encíclica Mater et Magistra”, *Scripta Theologica*, 18, 891-903.

Martínez-Echevarría, M. A. (1990a). “Eficacia y Equidad. Individuo y Sociedad”, *Valores*, 19, 3-13.

Martínez-Echevarría, M. A. (1990b). “Individualismo Metodológico y Solidaridad”, en *Estudios sobre la encíclica “Sollicitudo rei socialis”*, AEDOS Unión Editorial, Madrid.

Martínez-Echevarría, M. A. (1991a). “Estatuto epistemológico de la teoría económica”, en Actas del XII simposio internacional de Teología: *Doctrina social de la Iglesia y realidad socio-económica (En el centenario de la “Rerum Novarum”)*, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, 449-473.

Martínez-Echevarría, M. A. (1991b). “La metodología neoclásica y el análisis económico del derecho”, *Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras*, Publicaciones de la Academia, Barcelona.

Martínez-Echevarría, M. A. (1992). “Capitalismo y secularidad”, en *Estudios sobre la encíclica “Centesimus Annus”*, AEDOS Unión Editorial, Madrid, 351-365.

Martínez-Echevarría, M. A. (1998). “La economía política como filosofía de la historia”, en Actas del III Congreso de Historia de Navarra, Publicaciones del Gobierno de Navarra, Pamplona.

Martínez-Echevarría, M. A. (1999). “Gobierno y División del Trabajo”, *Revista Empresa y Humanismo* 1(1), 91-129.

Martínez-Echevarría, M. A. (2000). “Hacia una nueva teoría de la empresa”, *Cuadernos Empresa y Humanismo*, 79.

Martínez-Echevarría, M. A. (2001a). “La empresa entre el psicologismo y el conductismo”, *Cuadernos de Empresa y Humanismo*, 81.

Martínez-Echevarría, M. A. (2001b). “Teorías de la empresa y crisis de la modernidad”, *Cuadernos de Empresa y Humanismo*, 83.

Martínez-Echevarría, M. A. (2002). “Visiones racionalistas y románticas de la empresa”, *Cuadernos Empresa y Humanismo*, 87.

Martínez-Echevarría, M. A. (2003). “Los Orígenes de la Teoría de la empresa”, *Cuadernos Empresa y Humanismo*, 88.

Martínez-Echevarría, M. A. (2004a). “Trabajo y racionalidad económica”, en *Dar razón de la esperanza: Homenaje al Prof. Dr. José Luis Illanes*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 611-623.

Martínez-Echevarría, M. A. (2004b), *Repensar el trabajo*, EIUNSA, Pamplona.

Martínez-Echevarría, M. A. (2005). “Una antropología para el agente económico”, en *Estudios de Teoría Económica y antropología*, R. Rubio de Urquía et al. (eds.), Unión Editorial, Madrid, 513-533.

Martínez-Echevarría, M. A. (2007). “La división del trabajo en los orígenes de la economía”, en *Más allá de la división del trabajo*, A. González Enciso (ed.), EUNSA, Pamplona, 29-36.

Martínez-Echevarría, M. A. (2010). “Don y desarrollo, bases de la economía”, *Scripta Theologica*, 42, 121-138.

Martínez-Echevarría, M. A. (2011a). “Técnica y crematística en Aristoteles”, *Revista Empresa y Humanismo*, 14(2), 69-88.

Martínez-Echevarría, M. A. (2011b). “Repensando el trabajo”, en *Familias con dos sueldos y tres trabajos, Seminario permanente sobre conciliación de la vida laboral, familiar y personal*, C. Montoro y D. López (eds.), Universidad de Navarra, Pamplona, 9-23.

Martínez-Echevarría, M. A. (2014a). “Cuando las matemáticas suplantaron a la economía”, *Cuadernos Empresa y Humanismo*, 125.

Martínez-Echevarría, M. A. (2014b). “Mentalidad tecnicista”, en R. Rubio de Urquía y J. J. Pérez-Soba (eds.), *La doctrina social de la Iglesia. Estudios a la luz de Caritas in Veritate*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid.

Martínez-Echevarría, M. A. (2015). “Economía y producción en el pensamiento de Leonardo Polo”, en J. García Gonzáles (coord.), *Comentarios al pensamiento de Polo sobre economía*, Bubok, Madrid.

Martínez-Echevarría, M. A. y Scalzo, G. (2018). “El sentido del trabajo en Max Weber”, en M. A. Ferrari (ed.), *Prospettive sul lavoro*, EDUSC, Pontificia Università della Santa Croce, Roma, 165-184.

Martínez-Echevarría, M. A. (2020). “Organizar el tiempo humano: Trabajo, política y gobierno”, *Studia Poliana*, 22, 195-220.

Martínez-Echevarría, M. A. (2021). Prólogo a “Economía y empresa a la luz del don”, *Cuadernos Empresa y Humanismo*, 139, Pamplona.

Martínez-Echevarría, M. A. (2022). *La Economía entre la Sociedad y el Estado*, EUNSA, Pamplona.

